

OPINIÓN PÚBLICA OAT II

II

DEL ESTADO ESCRITO
AL ESTADO PANTALLA

FOTOCOPIADORA
CEPYCS
DEPART. 34 DIF 1
FOLIO 21 DIF 10

Del Libro: "El Estado seductor"

Autor: LEBRAY, Regis.

FOTOCOPIADORA
CEPYCS
ORIGINALES
DEPART. 34 DIF 1
FOLIO 21 DIF 10

A cada mediasfera corresponde en Occidente una máquina crucial de transmisión: la Iglesia, la escuela, la tele. La logosfera había producido el soberano fabulador. La grafosfera engendró el Estado educador; la videoesfera, el Estado seductor. Para el orgullo del Estado, la historia de las técnicas de transmisión es una lección de humildad.

Las tecnologías del hacer creer

Nadie ha visto nunca un Estado. Ni a simple vista ni en el microscopio, ni en foto ni desde un avión. No es una cosa, como un territorio o una porción del océano. Es una cierta relación entre los hombres por la cual el derecho de mandar es independiente de la persona del que manda. Una colectividad se rige por un Estado cuando el vínculo de sumisión de hombre a hombre es reemplazado por una subordinación de principio. Esta despersonalización de la obediencia crea la institución, con su doble imperativo de *legitimidad* (el jefe es más que un soldado afortunado) y *continuidad* (los jefes pasan, la autoridad queda). La violencia puede dar a luz un poder de hecho, pero no puede ni suscitar ni perpetuar por sí sola el consentimiento. Este último supone una "dominación simbólica" (Weber), mediante la cual los sometidos incorporan los principios de su propia sujeción. Esta adhesión hace que la autoridad sea "natural", lo cual, en reciprocidad, hace "obligatoria" la adhesión. Si bien la institución estatal acompaña relaciones de fuerza materiales, las más de las veces de interés económico, funciona en sí misma como un fenómeno de creencia.

Es precisamente porque el Estado es en sí mismo invisible e

inaudible que debe hacerse ver y escuchar a cualquier precio, por medio de metáforas. Señalarse a la atención de todos por signos convencionales, observables y tangibles. Sin esta señalización, la presencia no tendría ni objeto ni releva. Para el mediólogo, en el plano de la realidad que le es propio, el Estado puede estudiarse como un *ocio semafórico*: un espejismo de signos. Enseñas, sellos, medallas, emblemas, escudos de armas, estampillas: estas marcas dan testimonio de la aparición, a los ojos del historiador, en cualquier parte del mundo en que se encuentren, de algo como un Estado. Esta extraña persona moral debe atraer tanto más las miradas por el hecho de no ser nada (de positivo o manifiesto). Encontrándose la población de un Estado diseminada por un territorio más o menos vasto, los símbolos deben difundirse, intercambiarse y reguiarse a través del espacio. Lo que en Occidente hace del Estado, justamente después de la Iglesia, un precursor y un innovador en materia de transporte y transmisión. El elemento espiritual sólo se convierte en fuerza material al entramos por los ojos y los oídos. Es el espectáculo del Estado el que hace el Estado, así como el monumento hace la memoria. Estado y espectáculo (fiesta y ceremonia, según los grados de implicación decrecientes del público) son términos redundantes. Un Estado que no diera nada a ver y a escuchar, sin rituales, monumentos y documentos, sería peor que un rey sin diversiones: una nada. Lo que explica la frivolidad de las denuncias en boga del "Estado espectáculo". Son las modalidades del "espectáculo" las únicas que hacen época y sentido.

En los hechos, la historia audiovisual del Estado será sobre todo visual (a causa de la evanescencia de los cantos y las palabras anteriores a las técnicas de registro del sonido). Pero, como los discursos, textos e imágenes deben circular para convertirse en operacionales, la historia descriptiva y estática de los signos del poder, la historia de los historiadores, es incompleta sin el estudio de los medios de transmisión de esos signos, la historia de los mediólogos. Puesto que una *lógica de dominación depende siempre de*

una logística de los símbolos, y no se puede acceder a la primera sin pasar por la segunda.

Puede sostenerse que la tele "no cambió nada y lo transformó todo", como ya lo decía Rudolph Hirsch del impreso para los años 1450-1550. En verdad, no cambió nada de la obligación de persuadir, propia de todo poder establecido, *a fortiori* democrático. La televisión no inventó ni desinventó la retórica como ejercicio de la palabra persuasiva. La redefinió, como el libro impreso lo hizo con "el arte de la memoria", y en particular con las normas dos veces milenarias de la transmisión escolar de los saberes. El electrón y el microprocesador no inventaron ni desinventaron el hacer creer político. Simplemente lo *reciclaron*. De arriba abajo. Las funciones perennes se adaptan a las maquinarias cambiantes. La dominación del hombre por el hombre, único animal simbólico de la clase de los mamíferos, supone la intervención de símbolos desde el momento en que ya no es coerción pura y simple. El jefe debe dar señales, para ganar los espíritus y los corazones. Pero los signos mismos tienen una historia material, que declina una gama de soportes, radios de acción y velocidades casi inconmensurables, de modo que el universo simbólico es modelado por el avatar técnico. El primero, por lo tanto, no podría servir de contrafuego o de escapatoria al segundo, como lo había imaginado la Escuela de Francfort. La noción ingenua y tenaz de "espacio público", en la huella de Habermas, opone "la actividad comunicativa" (definida como "la interacción mediatizada por símbolos") a "la actividad técnica", como la salvación a la perdición. Vieja partición helénica ingenuamente modernizada por nuestros sociólogos. De un lado, la *praxis*, del otro la *tekhné*. "Intersubjetividad social", reino de la libertad donde florecen la discusión y la argumentación democráticas, *versus* "racionalidad instrumental", imperio descarnado donde la Razón está sometida a normas utilitarias, cuyos fines últimos escapan a la discusión. Como si la misma discusión pública de los fines no estuviera sometida a un con-

junto técnicamente determinado de medios (soporte papel, alfabetización, correo, libros, diarios, distribución, etcétera). Como si el *Homo sapiens* no fuera como tal un *Homo faber*. Como si el ejercicio de la ciudadanía no estuviera condicionado por la naturaleza de nuestras "redes pensantes". Como si la publicidad del siglo XX no hubiera puesto patas arriba la publicidad del XVIII. Antihistórico y atécnico, una cosa a causa de la otra, el modelo "espacio público" aparece como un callejón sin salida especulativo que más valdría abandonar antes que renovar.

La historia material de las transmisiones y la historia política de la libertad son inseparables. Dime, democracia, cuáles son tus vectores cardinales, y yo te diré dónde están tus valores, tu fuerza pero también tus padecimientos y tus vulnerabilidades. Puesto que en gran medida esos medios disponen de ti, de ti, insensata, que crees disponer de ellos.

Se ve en qué todo Estado es tecnócrata. Debe apropiarse de o controlar los sistemas técnicos de fabricación y transporte de los signos. Desde luego, no lo es de la misma manera bajo Felipe el Hermoso, Luis XIV o De Gaulle. Las máquinas de fabricar y transportar la imagen, el sonido y la palabra cambian, y él con ellas. Portador de sentido por naturaleza y productor de mensajes por función, sigue la huella de los soportes y propulsores de huellas. El Estado del pregonero juramentado no es el del telégrafo aéreo, que no es el del telégrafo eléctrico, que no es el del teléfono ni el de la televisión. Estos megaobjetos determinan estrategias simbólicas diferentes. Los sistemas técnicos corren más rápido que las doctrinas y las leyes, de modo que los textos deben alcanzar incesantemente a las máquinas.

En la realidad, información y creencia están ligadas. Para poder recaudar impuestos y reclutar una fuerza armada, el Estado debe recibir y emitir información, en un perpetuo vaivén del centro a la periferia. Recibir: recolectar los datos sobre el número de hombres y la cantidad de riquezas disponibles mediante la inves-

tigación y el censo (proceso que en Francia va del "gabinete de Políticas y Finanzas" de Sully hasta el INSEE* de hoy, pasando por la "Oficina de Estadísticas" de Napoleón). Emitir: hacer conocer sus decisiones. El hacer creer está preso de un hacer saber, y recíprocamente. Solidarias de un mismo sistema, no son éstas dos esferas estancas (aun cuando aquí nos concentremos en el primer aspecto, dejando el "Estado informacional" a otras investigaciones más especializadas y notablemente más avanzadas). Un destacado estudio sobre "Las ceremonias de la información en Francia del siglo XVI al XVIII" analizó los entrelazamientos de la celebración y la información a través de los diferentes rituales de la publicación monárquica.¹ Los actos del rey deben ser conocidos por sus súbditos, y un ceremonial preciso, adaptado a los destinatarios, envuelve sus dichos y sus escritos. El registro mediante lectura solemne de un texto ante el Parlamento no es lo mismo que el pregón en las encrucijadas. El pregonero juramentado anuncia al son de la trompa (la trompeta, instrumento bíblico de la potencia), y los propaladores retransmitirán de lugar en lugar (trompeta y tambor sólo son audibles a una legua a la redonda). El cartel impreso es pegado a las paredes. Los mandamientos episcopales, leídos en el púlpito, relevan tanto a las órdenes reales como a las proezas militares, constituyéndose cada obispo o arzobispo en PC (puesto de mando) de retransmisión provincial. De este modo, tanto Príncipes de la Iglesia como sacerdotes, monjes y regentes son anexados como agentes de influencia e intercambio de informaciones. El Rey aparece, por lo tanto, como la cabeza de una red, organización piramidal de boca a boca de ramificaciones cada vez más finas, cuyos nudos se reparten en los espacios urbanos de mayor densidad (encrucijadas, puentes, plazas públicas, mercados, etcé-

* Instituto Nacional de Estadísticas y Estudios Económicos (n. del t.).

1. Michèle Fogel, *Les Cérémonies de l'information...*, 1989 (véase bibliografía).

tera). Así, pues, las relaciones de información no existen al margen de relaciones imaginarias de dominación simbólica, estas mismas ligadas a un estado dado, rudimentario en este caso, de los aparatos de visión y audición colectivas.

En Francia, el nacimiento del Estado moderno parece coincidir con la *grafosfera*. Es lógico si recordamos que los valores de universalidad, enteramente indexados a los progresos de la Razón gráfica, aparecieron con la escritura y se generalizaron con la imprenta. La transmisión oral, particularista y contextual por naturaleza, ignora la idea de interés general y el universal abstracto de la ley. Sin duda, el rey de justicia (San Luis) había precedido al rey de administración (Felipe el Hermoso). Y los primeros órganos administrativos de un protoestado se dejan discernir fácilmente en los bordes de la *logosfera*, alrededor del siglo XIV (con la inalienabilidad de los bienes del reino, la aparición de una *cancillería fija*, de la noción de *lesa majestad* y de un cuerpo organizado de *legistas*). Por otra parte, la palabra "Estado" no aparece en la Edad Media como no sea en latín, en *genitivo* y con *minúscula* (el *status* de la Iglesia, del imperio, etcétera), en el sentido de: estado de las cosas o situación. El término se absolutiza a fines del siglo XV: del *status regni* se pasa a *status* a secas. Es en esta época, entre Carlos V y Carlos VII, cuando aparecen las ayudas, primera forma de impuesto permanente (1435), el ejército profesional (1445) y la obligación de fijar por escrito el derecho consuetudinario oral (1545, ordenanza de Montil-lès-Tours). Pero es en la *bisagra* entre los siglos XV y XVI cuando, con la fijación de las nociones de "bien común", "provecho común" y "utilidad pública", se afirma verdaderamente una conciencia de Estado o el Estado como *idea*.² El rey se convierte entonces en emperador en su reino (su único emperador es Cristo, que está por encima de él). La idea

2. Alain Guéry, "L'État", y Alain Boureau, "Le roi", en *Les Lignes de mémoire*, t. III. *Les France*, vol. 3, *De l'archaïque à l'émolument*. Paris, Gallimard, 1992.

de patria, en consecuencia, va a desplazar a la de cristiandad, y aunque esta patria es un cuerpo místico, todo ocurre como si uno ya no fuera a morir por Cristo sino por su rey y su patria (Luis XI: "Yo soy Francia"). La eclosión de la idea de Estado puede fecharse por un punto de inflexión preciso en la emblemática: cuando a fines del siglo XV, bajo los Valois, las flores de lis dejan de representar a una persona o una familia para pasar a representar una entidad abstracta. Francia. A continuación es la imprenta, por el rodeo del grabado, la hoja, el cartel, el almanaque, etcétera, la que va a desmultiplicar las huellas, las marcas y los medios de memoria visual del Estado monárquico (más eficaz y estable que la memoria oral: se olvida más rápido lo que se escuchó que lo que se vio). La *propaganda* supone la reproductividad técnica del soporte, base de la difusión ampliada e indirecta de los signos, y las palabras "Estado" y "propaganda" se afirman conjuntamente (1597, *Congregatio de Propaganda fide*). Al fundar en 1663 la Academia de las Inscripciones, Colbert institucionaliza la propaganda real, o propagación controlada de los emblemas.

Una revisión de los visuales y rituales del Estado testimonia la laicización progresiva de los fastos y las legitimidades. Los prestigios hermenéuticos de la Cancillería relevaron poco a poco las reverencias carismáticas de la unción divina. Hasta su nacimiento como entidad secular autónoma, la producción simbólica estaba en su totalidad en manos de la Iglesia. Los espectáculos religiosos preceden y desbordan a los espectáculos monárquicos. Para dar una imagen *Corpus Christi [Fête-Dieu]* precedió y permitió la Fiesta del Rey [*Fête-Roi*], dado que, "a imitación de Corpus Christi donde, en la procesión del Santísimo Sacramento, el cuerpo de Cristo era cubierto por un palio, en 1388 se tuvo la idea de llevar uno por encima del rey durante las entradas reales".³ La perma-

3. B. Guénee y Fr. Lohoux. *Les Entrées royales françaises de 1328 à 1515*, Paris, CNRS, 1968.

	LOCUSFERA	CIRCA POSPERA	VIDEOESFERA
TIPO IDEAL	MONARQUÍA TERRESTRE (PURE REINACIMIENTO)	REPÚBLICA 1900	BIENDECENCIA 2000
EL URTO SIMBÓLICO FUNCIONA EN...	REY MAGO (la era de los milagros)	"REY" MECÁNICO (la era de los motores)	"REY" TECNOLÓGICO (la era de los minúsculos)
ESTATUTO DEL GOBIERNO	EL PIEL (SUPLENTO) (ficcional) asamblea: la Iglesia	EL CIUDADANO (POLÍTICO) asamblea: la Nación	TELEESPECTADOR (INFORMATIVO) asamblea: el Mercado.
NATURALEZA DE LA INACIENCIA DE ESTADO	HERÁLDICA (armas, emblemas, divisas) el escudo con flores de lis	ALEGÓRICA (personificación de las ideas) Narra una	SEÑALÉTICA (signos, distintivos) católicas Vitrual
PROCESO DEL JER	LA SACRALIDAD (vínculo directo con Cristo: el rey es sagrado)	LA MAJESTAD (vínculo indirecto con el rey es indicador de lo sagrado)	EL AURA (vínculo directo con la publicación)
LUGAR IDEAL DE DEBATE	EL ALTAR (la gloria)	EL ESCENARIO (el teatro)	LA PANTALLA (la tele)
RITUAL DE PRESENTACIÓN	LA LITURGIA (para arrollarse)	EL CEREMONIAL (para maravillar)	LA EMISIÓN (para seducir)
NATURALEZA DE LAS PRESENTACIONES	RELIGIOSAS (precesiones, cánticos)	AMBIGUOSAS O MÍTICAS (ilena connotaciones: ópera, baile, concierto)	MÉTICAS O RECRUTATIVAS (ficcional de la música)
EL HACER SIGNO SOBRELADO	YO INFERNO (esa es la voluntad de Dios)	YO INFINITO (esa es mi capricho)	YO INFINITO (esa es la realidad)
LA OFERTA SIMBÓLICA	TENÉIS DERECHO A TOCAR (las escaleras)	TENÉIS DERECHO A MIRAR (la corte)	TENÉIS DERECHO A RESPONDER (la encuesta)

TRANSPICUACIÓN POR LA IMAGEN	RELIGIOSA (es un santón)	HERÓICA (es un Apolo)	PUBLICITARIA (es una star)
MEDIO DE ALUMINAR	POR DEVOCIÓN	POR DISOLUCIÓN/INMANTENIMIENTO	POR MANIPULACIÓN
TRANSPORTE FÍSICO DEL SIGNO	CARRUJO/INMANTENIMIENTO Velocidad: caballo	KUIA/INMANTENIMIENTO Velocidad: caballo, barco	EL ESCRIBANSA (ficcional) Velocidad: luz
AYUDANSA	A LA IGLESIA (panteón escatológico)	AL PALACIO (panteón monárquico)	A LA PANTALLA (panteón audiovisual)
POSTURA DEL BUEN LODO (ficcional)	EL YACENTE (quejía de los muertos)	LA ESTATUA ECUMÉNE (oración linde)	EL POSITIVO (escatológico)
USO DEL ESPECTÁCULO	ADORAR	ESPLANDIR	DISTRABER
TÍTULO DEL BEST SELLER	EL PODER Y EL IDEAL	EL PODER Y LOS DIOS	EL PODER Y LA VIDA
LA HISTORIA DEL YO REINANTE	CRISTO SOY YO (emblema: el Feat (a. XIII))	EL ESTADO SOY YO (emblema: el Sol (a. XVII))	LA MAYORÍA SOY YO (emblema: nada)
LA DIFERENCIA PÚBLICA	SÍ	LA PALABRA PÚBLICA (unir, gritar, con, murmurar)	LA RESPUESTA A UNA INVESTIGACIÓN ESPECIALIZADA (encuestas)
BO SUJETO	—	EL PODER ACTIVO (poblado despreciable)	EL REFINADO (poblado medida)
MANIFESTACIÓN DEL...	—	LA RAZÓN (de los particulares)	LA LIBERIDAD individual
CONTRALADO POR...	—	LA ESCUELA/ACADEMIAS	COMUNICACIÓN/OPORTUNIDADES

El texto vertical en la parte inferior izquierda del documento parece ser una referencia o nota, pero está demasiado borroso para transcribirlo con precisión. Parece contener palabras como "El texto..." y "de la...".

nencia de la coronación en Reims (hasta 1825 con Carlos X) atestigüa la del sustrato religioso: Pero la realeza construyó progresivamente referencias propias mediante el escrito. El Estado monárquico fue el pionero y el heraldo de la grafosfera en la última vertiente de la logosfera. Así como los legistas se emancipan de los canonistas y las escrituras reales de las Santas Escrituras, las Entradas, las *Lits de Justice* y los *Carroussels* se agregan al *Te Deum* cantado y a las plegarias públicas.

La larga sucesión de las ficciones visuales del Estado francés deja percibir, a través del batiburrillo de las imágenes disponibles, las grandes escansiones de la historia de la mirada. El emblema estatal comenzó por el símbolo, se prolonga en el icono y culmina en el índice. Es decir: los escudos de armas; el retrato del Rey; la foto del Presidente.

El predominio simbólico del código corresponde a todas esas imágenes más o menos enigmáticas o esotéricas que constituyen los jeroglíficos de la primera realeza —escudos de armas, monogramas o anagramas (como la cruz, el pez o el crisma para la Iglesia primitiva)—. Son también esas alegorías o esos emblemas grabados, bordados, esculpidos o pintados sobre diferentes soportes: piedra, tejido, papel, tela, etcétera. Las tres flores de lis simbolizan a Francia; la salamandra: a Francisco I; el ciervo alado o una columna de fuego, a Carlos IX: esto no es "figurativo". Las primeras metáforas de la realeza provienen del Antiguo Testamento, sus signos son celestiales y los ángeles sostienen el escudo. Cuando, con el Estado absolutista, se pasa de una sacralidad de predestinación a una de representación, la figura del monarca se hace representar bajo sus verdaderos rasgos: el retrato del rey ocupa el lugar central en la simbólica de Estado, haciendo de los antiguos símbolos simples insignias valiosas (las armas y los emblemas). El predominio indicial llega por fin con la sustitución del retrato pintado o la estatua por la foto, luego el cine y sobre todo la tele.

Exceso del principio sobre el individuo, cuando el código sim-

bólico del poder trasciende su encarnación física; a continuación, aparición en primer plano del cuerpo del Rey, cuando este mismo se convierte en símbolo; nuevo exceso, con la República, del principio sobre los individuos, con las alegorías de entidades abstractas; y ahora, exceso inverso de los cuerpos sobre los principios. Del pre-Estado feudal al pos-Estado democrático, la imagen del poder parece pasar así por cuatro estadios: la simbolización impersonal, o el retrato moral del Rey; la encarnación personal, o el retrato físico del Rey; la racionalización impersonal, o la estatua de Marianne, y por último un retorno sui generis a la encarnación personal, o la entrevista televisada del Presidente. Señalemos el carácter autófago de estas tipologías sucesivas, devorando cada ola de signos su propia carga simbólica por una proliferación desconsiderada. Demasiados emblemas matan al emblema, demasiados retratos del rey al rey, demasiadas alegorías a Marianne, y demasiada publicidad al Presidente.

Resumamos estas diferentes etapas mediante un pequeño cuadro mnemotécnico de las funciones y los órganos simbólicos del poder de Estado (análogo a aquellos de los que nos servimos para la historia de lo escrito y la imagen). Debe manejarse con todas las precauciones de uso en cuanto a la aplicación de la idea de ruptura a una continuidad histórica.⁴ Estos esquemas estrictamente pedagógicos, recordémoslo, no ponen el acento sobre la cronología de los umbrales sino sobre las variaciones mediológicas pertinentes o significativas (incluso anecdóticamente).

El fantasma mayor

"I want to be a machine." El célebre anhelo de Andy Warhol di-

4. Léase, a este respecto, Alain Gras, *Sociologie des ruptures*, Paris, PUF, 1979, y en especial la tercera parte, "Ruptures".

ce en voz alta lo que el Estado videocrático no osa confesarse: "Quiero ser un tubo catódico". Como ayer: "Quiero ser una rotativa", o antes de ayer: "Quiero ser un pulpito de iglesia". Según domine (remontándonos en el tiempo) la imagen-sonido, el impreso, la palabra viva. Emisión en directo, libro escolar, sermón de la montaña. A cada período su fantasma mayor. El poder se imaginó unas veces rey de los animadores, otras profeta de los profetas, otras, en fin, papa del papa. ¿El pueblo soñado? Una grey, una clase de alumnos, un estudio de invitados (aplausos pregrabados). A cada mediasfera, su ámbito y su mito. En cada período se delira el dispositivo que asegure al hacer saber y al hacer creer el rendimiento máximo. Se trata menos de una voluntad que de una pulsión, y el "¿en qué sueña el poder?" ("soñamos con profesores de facultad, campeones de atletismo y natación...", Dunoyer de Segonzac, preguerra) es evidentemente más pertinente que el "¿qué quiere?". Es siempre la gran máquina de antes (que en verdad ya no sirve pero da decoro) la que él dice poner por las nubes; su yo consciente tiene con bastante regularidad un retraso de un sistema de difusión.

El psicoanálisis llama "ideal del yo" lo que el hombre proyecta inconscientemente ante él como sustituto del narcisismo perdido de su infancia. Este ideal individual reúne las funciones de identificación e interdicción. El ideal del "nosotros" actúa en el mismo registro. Tú debes predicar, tú debes enseñar, tú debes seducir y, si no lo haces, serás castigado. Cada novela interior determina una "estrategia" simbólica hacia el exterior, pero tal vez haríamos mal en dar a este término militar un sentido maquiavélico de astucia o de cálculo. Es una ingenuidad (inmemorial) acopiar siempre máquina y maquinación. ¿Cuándo se permitirá, por lo tanto, pensar al Estado sin un sujeto detrás? Inconsciente, la matriz colectiva no es cuestionable. Lo que forma un sistema nunca constituye un problema, cuando se está adentro. El ideal del nosotros no es un objeto en sí (de voluntad o representación) sino la focal a

través de la cual se nos aparecen los objetos. Cuando la República soñaba con ser una inmensa escuela, todo lo que incumbía a la imagen y el sonido miraba ávidamente hacia el pizarrón. Cuando la Democracia se sueña red gigante multimedia, todo lo que se refiere al pizarrón mira con avidez hacia la pantalla chica. A la vez sistema técnico, proyecto cultural y grilla de desciframiento, el foco mediológico de una época es un poco a la razón de Estado lo que el esquema kantiano es a la Razón pura: hace de puente entre las percepciones y las categorías (entre lo que los políticos tienen ante sus ojos y lo que tienen en el fondo de su mente). El fantasma mayor tiene un papel federal y dinámico, vector de conquistas y garantía de resultados. En los tiempos en los que la palabra era "una fuerza que marcha" y "el «listo para imprimir» el equivalente de «¡fuego!»" (en los tiempos, por lo tanto, de Hugo y Vallès), los hombres de acción escribían epopeyas, obras teatrales o historias de Francia. Cuando es la imagen-sonido la que hace agitarse a las multitudes, aquéllos hacen guiones y se ponen ellos mismos en escena. Ayer, los actores del drama cívico eran autores de libros (y viceversa); he los aquí, hoy, como animadores de sí (y viceversa). La entrada a la liza del campeón, escoltado por sus padrinos y vasallos sentados en fila detrás de él, ya no es una publicación sino una prestación.

En el espacio de un siglo escaso, nuestras leyendas colectivas pasaron así de una escatología unificadora a otra, de una primera religión secular a una segunda, a cada mediasfera la suya. Del ecumenismo del Libro al del Mensaje. La Educación como emancipadora del género humano cedió el lugar de mito central de salvación (que tiene horror al vacío) a la Comunicación, a la que se le atribuye reparar nuestras deficiencias obtusas y preparar el futuro radiante. Así se refleja una mediasfera en el espejo de aumento de la esperanza colectiva. Ayer, evangelizar, regenerar, unificar era enseñar. Nadie era malo con conocimiento de causa. Una escuela que se abre es una prisión que se cierra, y un campo

de batalla menos. Esta bella ilusión salida de la Ilustración llegó hasta la fundación en 1946 de la UNESCO, cuya acta constitutiva lleva la utopía educacionista a una cumbre de ingenuidad sin igual desde entonces ("naciendo las guerras en el espíritu de los hombres, es en el espíritu de los hombres donde deben levantarse las defensas de la paz"). Hoy en día, regular, integrar, formar vínculos es comunicar el malo, el desdichado, es aquel que se queda solo en su rincón y no sabe "hacer pasar el mensaje". No hay problema que no tenga por solución el "diálogo" debidamente equipado y asesorado. Una agencia de comunicación que se lanza es una tiranía que se hunde, y un poco más de sol entre los hombres. Allí donde las ideologías perversas de los tiempos bárbaros habían instaurado el conflicto y el odio, llega la publicidad, factor de cohesión social y de expansión democrática.

La estupidez no tiene edad, como otras invariantes, pero el ataque mediológico puede periodizar sus manifestaciones.

En Francia, el Estado simbólico asumió la forma del Estado escolar, y el Estado indicial la del Estado publicitario. La línea de falla puede situarse en el año 1968 (síntomas: introducción de la publicidad en la televisión y primera puesta en circulación de los niveles de popularidad). Aunque pensada bajo y por la Revolución Francesa, la revolución escolar ingresó en las costumbres en el último tercio del siglo XIX; aunque pensada y ya experimentada en América del Norte, la revolución publicitaria se nos impone en el último tercio del siglo XX. La frontera que separa a la tele pública de la comercial, al receptor como hogar doméstico de la emisora individual, a "la voz de Francia" de "la máquina tragamonedas" se esboza desde la década de 1970. Frontera no sólo jurídica (abolición del monopolio) sino estética. La paleotelevisión apuntaba a educar a una nación, la neo, a seducir a unos individuos.

La III República, *via* la escuela primaria gratuita y obligatoria, proclamó el derecho a la instrucción para todos; la V, *via* el instituto de encuestas y el programa de respuesta instantánea, asegu-

ra el derecho de opinar para todos. El medio de la integración republicana fue sucedido, en preeminencia, por el de la integración democrática (o de la desintegración republicana). Pero no se saltó de uno al otro. Entre los dos, aproximadamente de 1950 a 1970, conocimos un periodo intermedio donde el concepto de escuela y las prácticas de la "Educación popular" fueron extendidos por el Estado Providencia, guardian de los sellos, los salones y las antenas, a la novísima televisión, concebida como medio de adoctrinamiento cívico (las informaciones) y de formación cultural (el resto). Mayo de 1968 reveló que Malraux y, por encima de él, De Gaulle habían fracasado en hacer con la Cultura lo que Jules Ferry había logrado con la Educación, un vector de reparto y unidad nacional. Después de lo cual los plenos poderes simbólicos fueron remitidos por la autoridad política a una televisión comercial modificada por su pesadez propia. La Economía recibió así indirectamente jurisdicción sobre la Escuela y la Cultura, o sea, en último análisis, sobre el Estado mismo. El rizo de la medición de audiencia se cierra entonces sobre los gobernantes.

¿Por qué el sistema de difusión habría de tratar con más respeto a las administraciones que a las artes y los deportes?⁵ Si el medio mayor ya ha modificado la tauromaquia como arte y las reglas del tenis instaurando el *tiz-break*, como modificará la Copa del Mundo de fútbol de 1994 (cuatro periodos de 25 minutos en lugar de los dos tiempos de 45 para duplicar los ingresos publicitarios); si no retrocede ante los monstruos sagrados de nuestra cultura que son el libro y la noción misma de autor, la producción y el contenido de las películas, la definición del ocio y el ritmo del trabajo, no se ve por qué súbita timidez se detendría en seco en el umbral del Estado, atacado de estupor por sus antiguos títulos de nobleza.

5. Cf. Marijn Karmitz. *La Création face aux systèmes de diffusion*, grupo "Creación cultural, competitividad y cohesión social" del XI Plan, París, 1993.

El Estado educador

El Estado del rey, que sin embargo se ocupaba de todo, no incluía a la instrucción entre sus tareas. Esta correspondía a la Iglesia. En gestación a lo largo de la Ilustración, el Estado educador fue traído al mundo por la Revolución Francesa. Origen conceptual y fáctico —fáctico porque conceptual—. Esta articulación tiene por emblema un nombre propio: Condorcet. Este matemático filósofo planteó el concepto de República y propuso poco después las instituciones que necesariamente se derivan de él, en su famoso *Informe y proyecto de decreto sobre la Instrucción Pública de 1792*. Desde el momento en que la soberanía pasaba del Rey, lugarteniente de Dios, al pueblo, lugarteniente de nadie, la instrucción del pueblo se convertía en la cuestión crucial, aquella de la que todo dependía. ¿Cómo podría un pueblo ciego gobernarse a sí mismo sin convertirse en su propio tirano? El sufragio universal sería ilegítimo si fuera imbécil. Un soberano ignorante o un legislador idiota se parecen a un capitán desarmado o a un papa ateo: el círculo cuadrado. Sólo la idea de una razón accesible y comparable por todos hace plausible la soberanía popular, sin lo cual todo el edificio republicano se hunde en el absurdo, y el sufragio universal en el despotismo del número. En este sentido, todo *Contrato social* postula un *Emilio*. ¿Por qué no hay libertad sin saber? Los ciudadanos son libres cuando no obedecen más que a sí mismos, es decir a las leyes que se dan de común acuerdo. Estas leyes, por lo tanto, deben ser la expresión de una voluntad a la vez general y razonable, puesto que, cuando obedezco a la razón y no a la creencia o al prejuicio, no obedezco a nadie. La creencia es particular, la razón es universal. "General" y "racional" son sinónimos, pero estando el género humano dotado de razón por naturaleza, cada individuo puede tener acceso a la verdad, cualesquiera sean su nacimiento o su fortuna. La ignorancia es por lo tanto una servidumbre y el saber positivo libera, porque hace de nexo entre

la Razón universal y el libre albedrío individual. "Es en el gobierno republicano —decía Montesquieu— donde se necesita de todo el poderío de la Educación". Pueblo y Escuela fueron los dos rostros históricos del Jano republicano, porque una República, en su concepto, es educadora o no es.⁶ Si renuncia al racionalismo como postulado regulador y a nacer de "la Razón popular", la empresa cotidiana, al orden ideal de la ley pronto será reemplazado por el orden sociológico del hecho y el sujeto jurídico por el sujeto económico o psicológico. A ningún individuo le gusta pagar los impuestos o hacer el servicio militar: todas las encuestas revelan este sentimiento privado. Pero si este anhelo legítimo en su orden se convirtiera en la regla de conducta de todos los ciudadanos, la selva reemplazaría muy pronto a la Ciudad.⁷ Renunciar al deber de instrucción conduce a tomar al hecho social por norma y a una psicología colectiva por la "voluntad general": lo que hace el Estado demagógico, en nombre, a veces, de la democracia.

A la necesidad racional de la formación del ciudadano elector y legislador, se agregaba un imperativo de origen teológico. Lo político, es sabido, siempre es más grande que la política. ¿Qué significa esto? La soberanía del Rey funcionaba en la representación según el modelo cristico. El Rey representaba a Dios sobre la tierra, un poco como Cristo, Dios aquí abajo. "Un poco", porque el Rey no es el Verbo encarnado. Pero "como", porque recibió la unción divina. A través del cuerpo sacramental del Rey, lo invisible podía así hacerse visible (como el Padre a través del Hijo). No obstante, el representante no es el representado: esta distancia sostiene toda la simbólica monárquica y da su vigor a las representaciones de la monarquía. En tanto en la realeza mágica, en el tiempo de los ido-

6. Jacques Muglioni, "La République et l'instruction", *L'Enseignement philosophique*, enero-febrero de 1989.

7. Catherine Kintzler, *Condorcet, l'instruction publique...*, 1984 (véase Bibliografía).

los, el rey es un dios, el rey de Francia, en el tiempo de las imágenes de arte, no estaba sino adosado a un Dios ausente, al cual su imagen remitía *in fine* como el signo a la cosa. El Rey se multiplica en sus representaciones porque en el fondo era un "rey de representación", según la expresión de Marin.⁸ Ahora bien, al cercenar la cabeza del Monarca, Francia se separaba de Dios, y el cuerpo político se veía amputado de la ausencia fundadora del sentido. La nación francesa se habría encontrado por lo tanto *en falta de una falta capital*, por ende en falta simbólica, si no hubiera sustituido al instante un mito mayúsculo por otro, Dios por la Razón. Adosada a Dios, la monarquía había encontrado desde el inicio en la institución eclesiástica sus puntales y sus relevos. Adosada a la Razón, la República encontraba legitimidad y consistencia en las instituciones doctas (academias, institutos, conservatorios, colegios, museos). La Revolución ve a los estudiosos tomar el poder.⁹ Para el Rey, imponerse significaba mostrarse. Para la República, demostrar. Para ella no hay eucaristía visual posible: el cuerpo del republicano nunca será sacramental. El Rey de derecho divino maravilla por su sola presencia física, el elegido del pueblo no tiene esta facultad. Debe convencer mediante razones. Durante siglos, el poder había sido un teatro; después de 1789, se convirtió en una escuela. El escenario regio, sin duda, por un cuarto lado daba *sobre* el pueblo, pero este último miraba y escuchaba desde afuera y abajo, no estándole permitido subir a la escena. El pueblo, en cambio, está en el salón de clases republicano, y es invitado por el maestro a subir al estrado, en función de sus méritos, por intermedio de sus laureados. El curso magistral es la única ceremonia lógica reservada a la República por la retirada de Dios.

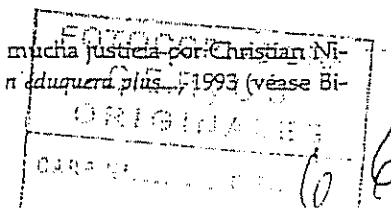
8. Louis Marin, *Le Portrait du roi*, Paris, Éd. de Minuit, 1983.

9. Como lo expone Michel Serres en "Paris 1800", en *Éléments d'histoire des sciences*. Paris, Bordas, 1989 [*Historia de las ciencias*, Madrid, Cátedra, 1991].

Es conocida la larga lista de establecimientos creados por y bajo la Revolución Francesa. A excepción de algunas escuelas de aplicación (las de Puentes y Calzadas en 1747, las de Minas en 1783), nuestros pilotes educativos, comenzando por las grandes escuelas, se hunden en el humus de 1790-1800. El Partido republicano no dejó de extender el reclutamiento por concurso, del ejército a todas las ramas de la administración. El primer proyecto de una escuela de Administración, según el modelo de la Escuela Politécnica, fue concebido por la Revolución de 1848, bajo la égida de Hippolyte Carnot, ministro de Instrucción Pública; el Imperio lo echó abajo. El segundo fue elaborado por el Frente Popular, bajo la égida de Jean Zay, ministro de Educación Nacional. El tercero y definitivo fue concebido por la Resistencia y la Liberación, bajo la égida de Michel Debré, comisario de la República (apoyado por Pierre Cot): fue la ENA, creada por ordenanza en 1945.

No idealicemos. Hijo puro de la Ilustración, Condorcet soñaba con la *instrucción* pura, entendiendo por ello una transmisión de conocimientos sin valor agregado. Su contemporáneo, el pastor Rabaut Saint-Étienne, prefería la *educación*, por la que entendía la inculcación de valores morales y políticos. Se instruye a las mentes, se educa a las almas. La instrucción forma individuos, la educación forma una colectividad. La primera, desinteresada, da a conocer; la segunda, utilitaria, da a amar. Si el concepto de República se atiene a la instrucción, la tradición republicana del siglo XIX prefirió la educación: para ella, la escuela no fue un fin en sí sino una apuesta política como medio de unir la nación y de unir a los campesinos al régimen. Jules Ferry, que no era un apóstol, fue más un discípulo de Rabaut que de Condorcet. A sus ojos, el "leer-escribir-contar" se integraba en una estrategia social y nacional.¹⁰ Positivista, este defensor del "Orden y Progreso" sabía

10. Realidad histórica recordada con mucha justicia por Christian Nique y Claude Lelièvre, en *La République n'adviendra plus*, 1993 (véase Bi-



que no se destruye sino lo que se reemplaza. Contra la enseñanza confesional, que había hecho amar a la monarquía, sólo podía rivalizar una enseñanza cívica que hiciera amar a la República y a la Revolución. Así, pues, los maestros de escuela debían ser no sólo dispensadores de saber sino "instrumentos de educación política" o "suboficiales de la democracia". Su misión: allí donde estaba Dios, poner a la Patria. Una fe no se combate sino con otra fe, no por la sola Razón. El manual de matemáticas es impotente contra el catecismo si no es secundado por *Le Tour de la France par deux enfants* [*La vuelta a Francia por dos niños*] (manual de lectura aparecido en 1877). El postulado: no se hará respetar al Estado más que haciendo amar a la Patria, la ley del Padre cobra efecto por la Madre. El Estado educador no es voltaireano ni estrictamente racionalista. Sabe mezclar el relato con el teorema y el femenino con el masculino —y si no lo hubiera hecho, los húsares negros de la República no habrían "aguantado" en 1914—. El afecto sin la ley, *divisa del Estado seductor*, es ciego; pero la ley sin el afecto sería marca. La persuasión tiene dos modalidades ideales: convencer y seducir. Lógica y sofística. Razón y sentimiento. Esquematisando al extremo: el discurso y la imagen. Desde el momento en que hay filósofos que nacieron de un no a los sofistas, Occidente siempre supo distinguir. Pero desde que hay sociedades, y por lo tanto una retórica, siempre se supo mezclar. El hacer creer, volvamos a decirlo, nunca es independiente de un hacer saber. Hay creencias que se hacen pasar por saberes y viceversa. Es posible convencer racionalmente acerca de la validez de una mitología (como hacía el profesor de "marxismo leninismo"). A la inversa, se puede "seducir para la verdadera fe", lo que han hecho los jesuitas, para legitimar la catequesis por la imagen y los cristianos luego de Constantino, que querían llevar a los paganos a la verdadera reli-

biografía). Léase también Dominique Julia, "Les enjeux des plans scolaires de la Révolution française", *Académie de Amiens*, 1989.

gión mediante aparentes concesiones al culto de los ídolos. Los republicanos fueron jesuitas a su manera: ilustraban muy bien sus manuales escolares y combatieron las imágenes piadosas con otras imágenes piadosas. Hubo un sentimentalismo maternal de la escuela republicana porque ésta fue tanto la de Francia como la del Saber. Y la razón de Estado encarnada que comienza sus *Memorias de guerra* con: "Toda mi vida me hice cierta idea de Francia. Me la inspira el sentimiento tanto como la razón. Lo que en mí hay de afectivo imagina naturalmente a Francia como la princesa de los cuentos...", por muy hijo de monárquico y antiguo alumno de los jesuitas que haya sido, es un hijo legítimo de la República.

Está claro que el Estado educador no era más igualitario que evangélico. Tenía un contenido de clase y una finalidad práctica: mantener el orden. Su abuelo, Condorcet, no puede hacernos olvidar a sus tíos abuelos, Napoleón (la Universidad imperial al servicio de un "Estado político fijo") y Guizot (la escuela primaria contra los desórdenes y para "gobernar los espíritus"). Se ha mostrado y demostrado cien veces que había mucha distancia entre los principios (de obligación, gratuidad y laicidad) y las condiciones. La escuela primaria para los hijos del pueblo y la secundaria para los hijos de los notables; las mujeres detrás de los hombres, y la ideología republicana vuelta contra los proletarios y los "anarquistas" ("la religión de la patria no admite disidentes"). Ocurre con las leyes republicanas sobre la escuela lo mismo que con la Declaración de los Derechos del Hombre: si es cierto que el discurso de universalidad encubre una práctica de discriminación social, también legítima y permite la crítica de esta perversión, de derecho en primer lugar, de hecho a continuación. El Estado seductor no tiene la teoría de su práctica y el Estado educador no tenía la práctica de su teoría. Pero si el primero no tiene un regulador exterior a su funcionamiento maquinal, el segundo llevaba en sí sus medios de corrección.

Como prueba, las prolongaciones que los republicanos "pro-

gresistas" o sus hijos del movimiento obrero, los socialistas y afines, pudieron dar, durante un siglo, a la utopía de Condorcet. La Educación "popular", o la transmisión posescolar del saber a los aduitos desfavorecidos, cobró auge a partir de 1848 (pero la *Asociación por el desarrollo de la instrucción popular*, donde enseñó Auguste Comte, se remonta a 1830). Este movimiento secular y testarudo engendró a fines de siglo las *universidades populares* (1898). Volvió a cobrar actualidad en 1936 y su metamorfosis en la *Acción cultural* de célebre memoria.¹¹ Esta última, y sin duda es esto lo que le reprocha el elitismo liberal, fue un retoño natural de la escolaridad obligatoria hasta los catorce años. Sin Jules Ferry no hay Jean Zay (ministro de Educación Nacional y de Bellas Artes de 1936 a 1939). Sin Jean Zay no hay Jean Vilar (ni Jeanne Laurent). Sin universidades populares, no hay Casas de la Cultura. La genealogía pedagógica del "Estado cultural", subcontractista del Estado educador, articula, *vía* el Frente Popular, "la Cultura para todos" con "la Escuela para todos". Malraux fue a la vez su heredero y su sepulturero, siendo quien efectuó la primera ruptura intelectual y administrativa entre los dos universos. Hasta él, el mundo del gusto se subordinaba oficialmente al del saber. Se pensaba que la sensibilidad no sólo puede y debe educarse sino que en sí misma es vector de educación (y por lo tanto de redención). El paradigma escolar hacía escuela de todo, sin necesidad de examen ni diploma. El teatro, instituido por la Revolución como curso de educación cívica y del que Michelet subraya en *El estudiante* que es "el más poderoso medio de educación, de acercamiento entre los hombres, quizá la mejor esperanza de renovación nacional". Las Exposiciones Universales, máquinas sabias y cursos nocturnos abiertos a todos. La fiesta de la aldea, que pone *el teatro al aire libre*. El diario de opinión, "el sólo, al menos el único poderoso de los instrumentos de educación" (Julien Benda).

11. Jean Caune, *La Culture en action*, 1992 (véase Bibliografía).

La forma partido, con sus escuelas de cuadros y sus "folletos de formación". El espacio urbano, con sus estatuas de hombres ejemplares, la arquitectura oficial con sus fachadas educativas. El cine (los cineclubes en los colegios secundarios y la cinemateca practicada como una contra-escuela, por lo tanto aún como una escuela, y alojada en el Instituto Pedagógico de la calle de Urm). La escena lírica. Los museos de arte, servicios públicos de la memoria destinados desde su fundación (Louvre, 1793, y Escuela del Louvre, 1882) a formar el gusto del público, a clasificar las obras y transmitir a los visitantes tanto una nomenclatura de las "escuelas" y los "estilos" como un *savoir-faire*. El deporte, desde luego (dotado de una subsecretaría por el Frente Popular, con Léo Lagrange y la idea del "deporte para todos", deporte añicionado "de saneamiento" opuesto al deporte "espectacular" de los profesionales). Las caminatas por las montañas y la bicicleta (medio de recuperación moral). Todos los caminos de la grafosfera conducían a la escuela, porque de hecho y de derecho habían salido de ella. En la "democracia", como llamaba Proudhon a la democracia pedagógica ideal, la nación es fantaseada por aquellos que tienen a su cargo el gobierno de las conductas humanas como una universidad que nunca se toma vacaciones, y la menor "manifestación cultural" aporta su grano de arena a la enciclopedia popular en vías de formación en la calle y bajo los tejados. Círculo medianoche-mediodía del Saber del que este Estado culto tiene por definición la responsabilidad política, moral y administrativa (como tiene la de los ferrocarriles y los teléfonos). Tanto en el sentido figurado como en el propio. Los once tomos de la *Enciclopedia francesa* (1930-1939) dirigida por Lucien Febvre y los más grandes nombres de la Universidad de la época (con el joven Jacques Lacan para "la vida mental") fueron financiados al principio, en 1930, por Anatole de Moirizé, ministro de Educación Nacional.¹²

12. La empresa de Lucien Febvre (nombrado por los consejos de Julien

Foco de convergencia, ubicado por encima (o por debajo) de las divergencias de ideas, un paradigma mediológico da un cuerpo común a los síntomas del "espíritu del tiempo". Vuelve como *ritornello* en todas las canciones, de derecha o izquierda. Como el stalinismo y el nazismo en otro grado, es innegable que el Frente Popular y la "Revolución Nacional" (para quedarnos en el Hexágono) compartieron ciertos rasgos del pedagogismo generalizado, del higienismo del aire libre y de la edificación por las Bellas Artes. ¿Acaso no creó Vichy los "colegios modernos" y los "centros de formación profesional"? Ya se han puesto en evidencia las rimas perturbadoras, tanto de la "descentralización cultural" como de las políticas "de la juventud y los deportes" (Albergues de la Juventud y Talleres Juveniles, Léo Lagrange y Jean Borotra).¹³ Recordemos al pasar que en buena ley republicana no hay ni puede haber "política de la juventud". El maestro no rinde culto al niño sino a lo que, en éste, quiere y debe crecer: Una República digna de este nombre no considera a la juventud como una categoría aparte, portadora de valores propios y menos aún superiores, sino como una simple propedéutica de responsabilidad de sí mismo. La juventud no es una elite ni un bien en sí, y un joven idiota siempre valdrá menos a sus ojos que un anciano libre. Del mismo modo, no pretende rejuvenecer a la humanidad sino, antes bien, restituírle incansablemente su memoria y su pasado para hacerla igual a su idea. El "juvenismo", pedagogía descarriada, no es un humanismo.

Cain, administrador de la Biblioteca Nacional) fue retomada en 1955 por otro ministro de Educación, André Marie, y confiada a Gaston Berger. Edgar Faure aseguró una última prolongación en 1964. El reciente proyecto de la Enciclopedia Diderot animado por Dominique Lecourt, a pesar de los esfuerzos de Jean-Pierre Chevènement, entonces ministro de Educación, debió finalmente constituirse como asociación privada.

13. Jean William Dereynnez y Régine Berthet, *Front populaire-Vichy: deux politiques de la jeunesse et des Sports?*, 115° Congrès nat. Soc. sav. Chambéry, 1991.

El Estado educador es de tendencia "progresista"; el Estado seductor, de tendencia "conservadora". Tendencias objetivas y comprensivas, que equivalen a hechos de civilización y se burlan de las etiquetas de circunstancia. En el fondo, la educación es un mito de izquierda; la comunicación, un mito de derecha. La primera de estas supersticiones ve en el hombre, en primer lugar, un ser de razón, eminentemente perfectible, hecho para juzgar bien y deliberar de consuno; la segunda, un ser de necesidad consagrado en primer lugar a poseer e intercambiar mercancías. El mesianismo escolar pone a la vida política (y al Estado) por encima de la vida económica; el mesianismo publicitario supone la primacía del *stock exchange* y pone a las empresas por encima de las instituciones (con el riesgo de hacer del Estado un establecimiento público de carácter industrial y comercial). Hemos conocido en Francia gobiernos llamacos de derecha mentalmente sometidos al mito de izquierda (De Gaulle) y a la inversa (Mitterrand). ¿Será esto "el espíritu de la época"? El color del mito, que es el de la época, nos indica claramente el fondo de las cosas. Por más que se teorice, enseñe y poetice la publicidad, ésta, fabricada por jóvenes ricos por cuenta de gente mayor más rica aún, nacida del mercado y viviendo de él, permanece soldada al universo de la ganancia. Quien no tiene nada para "vender" no tiene ninguna necesidad de ella. Un manual escolar, que hace abstracción de los colores de la piel, los niveles de vida y las condiciones de alojamiento, está al alcance de todos los bolsillos y todas las inteligencias. Nadie se sorprenderá, en estos tiempos de Restauración, de ver que lo publicitario se honra y remunera diez veces mejor que lo escolar.

El fin de la escuela

¿La "explosión mediática" habría hecho saltar alrededor de 1968 al Estado-escuela? No verdaderamente. Más bien, éste hizo

implosión en silencio, y la sacudida venía de las profundidades. En lo más recóndito de los espíritus ya se había desecho la vieja trama de la epopeya prometeica (el Progreso, el Sentido de la Historia, la Paz por la Ciencia, el dominio sin fin ni límites de la Naturaleza, etcétera). Trama que tenía por cañamazo la concepción lineal del tiempo utópico, del que la Escuela era en Francia a la vez vector y ornamento, así como la primacía de los destinos colectivos sobre la expansión de los individuos. Entre los factores de obsolescencia en la evolución del aparato escolar mismo, citemos la escolarización masiva, el fin de los tabicamientos primario/secundario y varones/mujeres. Más ampliamente, el fin de la República campesina ya no permitía, como tendía a ello la escuela ferrista, relegar a un segundo plano la enseñanza técnica y la formación profesional. El imperativo nacional de modernización pudo más después de 1945, reemplazando la finalidad política por la económica y las humanidades por las matemáticas. En resumen, todo ocurre como si el Estado educador hubiera sido víctima de su éxito. La escuela baja porque el nivel sube. ¿Todos alfabetizados, todos republicanos? "Y ahora, ¿qué se hace?"

El sacudimiento de las máquinas cambiaba *ipso facto* el orden del día. La subversión de lo diferido por lo directo, el desborde de las mediaciones simbólicas por la inmediatez sonora y visual, radio y tele, no podían más que marginar a la escuela republicana. Esta está ligada al culto del libro y, en primer lugar, de la lectura. La Ilustración —el siglo y el concepto— giran sobre la Imprenta, y la Imprenta Nacional, templo parisiense desconocido, fue el verdadero santuario del espacio republicano, el corazón del corazón. Con el paso de los años, el mismo Condorcet se había visto llevado a poner a la prensa en el centro de su visión del mundo. "No hay más que tres medios generales de influir sobre el espíritu de los hombres: las obras impresas, la legislación y la educación", comienza por admitir en 1779. Pero de simple instrumento de difusión, pasa a ser en 1790 "condición de posibilidad de la instruc-

ción pública"¹⁴. Y, por último, en el *Bosquejo de cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1793), la invención se autonomiza y se convierte en el portal de entrada de la octava y última época de la humanidad, fin de la superstición, comienzo de la filosofía. "La imprenta —comenta Kintzler— renueva la estructura metafísica de la humanidad." Pero el progreso de las estructuraciones humanas no se detiene, y la caída del plomo nos hace salir de la época que había hecho posible el tipo de humanidad "razonable y crítica que, en nombre de la búsqueda de la verdad, asume el riesgo de oponerse a una sociedad unánime pero errante"¹⁵.

Los vectores han errado, la unanimidad ha seguido. Los valores asimilados por los alumnos pasan por la televisión, la música, la radio, la moda, la publicidad, más que por la escuela y la familia. La disminución del peso relativo de la escuela en la videoesfera fue acompañada por una dilatación de los espacios de aprendizaje. La multiplicación de los saberes y de los vectores tiende a poner a la escuela "fuera de sus muros", y si la escuela está en todos lados, ¿para qué una escuela en alguna parte? De igual modo, si se ponen en el mismo plano los saberes, los saber-hacer y los saber-ser, como lo sugiere la inflación pedagógica, todo se convierte en saber y la idea de saber se desvanece. Se ha reconocido aquí el ambiente de cierto izquierdismo del sesenta y ocho, deslegitimando la escuela cerrada en nombre de la sociedad abierta y el saber en nombre de la vida. No menos reconocibles son sus efectos perversos. La denuncia de "la escuela de la burguesía", pavimentada de buenas intenciones, veinte años después hace más o menos aceptable la escuela de las empresas. Tal es el reglamento secular del código caminero nacional: para tomar la derecha, girar a la izquierda. No es imposible que el izquierdismo teó-

14. Véase "Eloge de l'Imprimerie", en *Condorcet*, 1989, págs. 262-273 (véase Bibliografía).

15. *Ibid.*, pág. 268.

rico de los años sesenta y setenta —contra su voluntad, eso va de suyo— haya contribuido en parte a “la aceptabilidad” de la *reacción práctica* de los años ochenta y noventa.

La *degradación* de una función social, a menudo sublimada en “modernización”, tiene por síntoma visible su *desimbolización*. Como la misma Alta Administración, nuestro mundo educador ha perdido sus rituales con el paso de los años, desde la distribución de los premios de fin de año en los colegios secundarios, ceremonia republicana por excelencia, hasta la apertura de la actividad universitaria con togas y ujieres. Las palabras mismas dan fe. La escuela ya no tiene *alumnos* ni la universidad *estudiantes* (con lo que esto supone de disciplina y obligaciones) sino *usuarios* como la RATP,* en espera de los *clientes* como en Air France. Es un servicio social entre otros. Era natural que recientemente un ministro de Educación hiciera abrir los locales universitarios a la noche para albergar durante una ola de frío a los sin techo, “como se hace en el *subte*”. Ocurre en la escuela como en la administración: ya no se quieren porque ya no se las quiere y ya no se las quiere porque ellas mismas ya no se quieren.

La fortaleza educativa está desmantelada, y no sólo por la fragmentación sindical; la laicidad, diluida en una tolerancia corta de miras pero de buena ley; la institución, desmoralizada. La capa profesional ha ganado peso y perdido fuerza. La aparición de un nuevo soporte de difusión descalifica a la clase de los hombres mediáticos salidos del soporte anterior, por simple desconexión. Un sacerdocio funcional reemplazando a otro, jinetes de la caballería ligera de la “comu” contra soldados de infantería del saber. lo temporal invierte sus alanzas y se “reconecta” con los nuevos conectados. Claramente, la República abandonó a los suyos, como un general que huye cuando la batalla toma mal cariz. Los trau-

* Réseau Autonome du Transport Parisien [Red Autónoma del Transporte de París] (n. del t.).

mas tecnológicos que ha sufrido la transmisión-institucional de los conocimientos la hacen, cree la República, una discapacitada motriz. No siendo ya transportada por el medio, la Educación nacional ya no es juzgada políticamente “mensajera”. Los educadores son al Videocastado lo que los metalúrgicos son a la CGT o los linotipistas al Sindicato del Libro: un emblema conmemorativo. Así como en música la electricidad hizo las ondas Martenot, el magnetófono, Schaeffer y la música concreta, la informática, Boulez y Xenakis, la electrónica y las ondas hertzianas hicieron a Ronald Reagan y el Teleestado.

La Educación, desde luego, fue declarada “prioridad nacional” y constituye el primer presupuesto de la nación.¹⁶ La “revalorización” no reemplaza a la pasión, sino a su pérdida. La libido del Estado ha desinvertido a la escuela. No dándole ya crédito, le concede créditos. Funesto contratiempo. Contemporáneos de la explosión mediática, y de mayor alcance que ésta, son en efecto la explosión científica y el desmoronamiento cívico. ¿La necesidad de “cimentar la nación” se habría vuelto obsoleta en la era de las comunidades y las migraciones? La democratización del acceso al saber nunca tuvo más importancia que en este momento en que el diploma y la competencia se convierten en el discriminante social número uno. Nunca, desde el neolítico, el *sapiens sapiens* tuvo más necesidad de “formación permanente” que en un momento que contempla el estallido de los *corpus* constituidos y la caducidad de las competencias mejor establecidas. Nunca, desde el Renacimiento, el espacio y la temporalidad tradicionales del saber fueron tan trastornados. Redes de soporte numérico, mensajerías informáticas, videotransmisión, banco de datos: estas herramientas, estas redes propicias a la enseñanza a distancia pueden destabicar, democratizar y tal vez reorganizar la escuela (un

16. Doscientos ochenta y tres mil millones de francos en 1993; un aumento de ochenta mil millones desde 1988.

uso desconsiderado también puede destruirla: ninguna ingeniería educativa reemplaza la relación maestro-alumno). Abundan las proposiciones sobre las consecuencias a extraer de este nuevo reparto de cartas, pero ven que se les opone una indiferencia cortés (apernas). Se pide un informe y se lo entierra tan pronto enviado. Sin beneficio, no hay interés. Un operador posible de una nueva cadena hertziana declara que es recibido a los ocho días por el presidente de la República; un grupo de eruditos regularmente designados trabajó durante dos años en un proyecto innovador del tipo "France-Université" (Misión Michel Serres), los pedidos de audiencia seguirán sin respuesta (Presidente, Primer Ministro y ministro). La Educación nacional plantea al Estado seductor un problema de gestión (de los créditos y los "recursos humanos"), no un problema de conciencia, y esto porque ya no está en su inconsciente. Ya no es una esperanza colectiva sino un remordimiento burocrático; tampoco una misión histórica sino un problema social sin solución, entre otros (inseguridad, desocupación, déficit) que el Estado arrastra como una cruz. Toma "medidas" y hace votar ampliaciones. Pero a la noche ya no sueña con él. Cabe creer que la técnica dirige hasta los fantasmas.

Hacia el Teleestado

"Familiar, cálido y vivaz, da citas todas las semanas a sus amigos." O también: "Lugar de encuentro y de diálogo. Fuente de emoción y de descubrimientos. Ocasión de intercambios y servicios en el mundo de hoy". Los eslóganes de los grupos de comunicación podrían ser los del "buen gobierno" posmoderno. Fin de "la tele del gobierno", comienzo de los "gobiernos de la tele". ¿Es posible todavía defender la tesis: "El Estado, última alternativa a la dictadura del mercado", si la muerte de la tele como "aparato ideológico del Estado" da nacimiento ante nuestros ojos a un Es-

tado convertido en aparato ideológico del mercado mediático? Decir que el Estado es un canal público comercial no es muestra de una simple metáfora. "¿Qué programa? ¿Qué medios? ¿Qué ambiciones?": los diagnósticos conocidos sobre "la crisis del Estado" y "la crisis del servicio público" parecen, para un lector no prevenido, reversibles y permutables (empobrecimiento de los programas, no competitividad, dictadura de las encuestas, fuga de los talentos, inflación de los costos, baja de los ingresos, déficit estructural, pérdida del sentido, etcétera). En los numerosos planes publicados de "reorganización y reconquista", "Estado" y "tele" pueden emplearse indistintamente. "El Estado no es un fin en sí mismo." Se fijaron, precisa el Presidente, cinco objetivos futuros, cinco prioridades estratégicas. "Estar al servicio de todos." "Tener una moral, rechazando las exclusiones sociales y culturales." "Dotarse, según se lo permita su modo de financiamiento, de una política voluntarista." "Convertirse en el interlocutor privilegiado de la producción francesa para tonificar el mercado." "Garantizar la continuidad y la imparcialidad de los servicios brindados a los usuarios, con un sistema educativo que siempre sirva de referencia". Reemplacen "producción" por "creación", "educación" por "información", imposición por canon, y descubrirán el error.¹⁷ Los crisisés utilizados para "sacar a [los canales] France 1 y France 2" de la crisis", de doble uso y doble fondo, podrían aplicarse a la Francia sin número. Y los dilemas de los dos presidentes, de la República y del servicio público, desgarrados entre la "medición de calidad" ideal y la medición de audiencia del día siguiente, para inventar el famoso "canal popular de calidad", se corresponden término a término. ¿Cómo respetar el pliego de condiciones (el programa electoral) y remontar la audiencia (el porcentaje de opiniones fa-

17. Citas extraídas de un alegato de Hervé Bourges, "La télévision publique n'est pas une fin en soi", *Le Monde*, 6 de julio de 1991.

* Canales oficiales de televisión (n. del t.).

FOTOCOPIADORA
S. S.

99

vorables)? ¿Hacer citas, al mismo tiempo que se conserva el mínimo no rebajable de programas religiosos, educativos, científicos, etcétera (hospitales, transportes, reaperturas de cursos escolares, seguridad, etcétera)? La ~~esquizofrenia~~ también es compartida por quienes deben, decencia obliga, combinar el habla de Jean Villar con el obrar de TP 1, para satisfacer con una al ciudadano teórico y con el otro al consumidor práctico.

Analogía de los ejercicios y los parámetros. Índices de popularidad y encuestas son los equivalentes de la audiometría cotidiana. Una reorganización gubernamental puede leerse como "un ajuste de programación"; y la constitución de un equipo de gobierno, una especie de "gran limpieza de la vuelta de vacaciones". "Un ministro —dice Seguela con razón— es una página de publicidad. Está allí para dar esperanzas. Corresponde al gabinete hacer funcionar la tienda." Igual que los animadores que dan "la imagen" de un canal—cuando es su equipo anónimo el que hace los programas— El Presidente-programador, o bien su Primer Ministro, colocan a tal animador o tal cabeza de reparto en tal o cual escaque o ministerio para coronar el peón antes que sus competidores. Entre la mayoría y la oposición, como entre dos canales rivales, la batalla ya no se refiere a los programas, poco más o menos los mismos, sino a los porcentajes de audiencia. Aquí y allá se contrata y se soborna a los saqueadores del *rating*, no importa a qué precio. Se procura hacer más recreativa la información; señalizar los planes de comunicación (o la producción de acontecimientos) evitando los incidentes, para ganar la fidelidad de un electorado volátil y estabilizar la imagen del canal. La televisión, contrariamente al cine, debe producir sus imágenes en serie (*menos caro*), difundidas en serie (más rentable) y montadas por series en folletines o encuentros periódicos (más agradable). Ése es el ideal de una buena comunicación, por lo tanto de un buen gobierno. Una cosa, sin duda, es vender un público a unos anunciantes (canal comercial); otra es venderse como anunciante

a un público ("canal gubernamental de calidad"). El Estado publicitario tal vez no tenga anunciantes exteriores, pero sí un producto para vender, pareciera por naturaleza pero cuya vida debe prolongar al máximo: un gobierno.

Cuando es el jefe de la mayoría, un presidente de la República acumula las funciones de representación en el extranjero, de programador y presentador en el interior. Debe pasar regularmente por la radio y televisión y pagar con su presencia, *anchorman* en tiempos de crisis y animador de "veladas excepcionales". Pero la comparación se detiene ahí. El jefe del Estado, en efecto, es el Presidente de un canal *sin libre acceso a la antena ni frecuencia otorgada*. El Estado es una dirección de producción sin red de distribución. Situación extravagante, casi chiflada para quien, no siendo ya canal de reverencia, sin duda aún se quería canal de referencia. ¿Para qué sirve programar si no se está seguro de difundir? Simplemente, cualesquiera que sean los gastos comprometidos en la fabricación de premisas materiales, ni siquiera decide sus propios acontecimientos. Al poner su noticiero televisado de las 20, el jefe del Estado está más a menudo furioso que arrobado, pero, más que cualquiera, se siente estupefacto por las elecciones efectuadas, dado que conoce mejor todo lo que no se muestra ni se comenta (recordemos que, sobre 8.000 despachos cotidianos de la AFP, sólo "salen" 200). Él y su equipo (una centena de consejeros-guionistas en los despachos y algunas decenas de ministros-realizadores), en efecto, han producido desde la mañana unos diez "temas" (alocuciones, seminarios, viajes, inauguraciones, etcétera), dignos a sus ojos del mayor interés. Éstos tienen la curiosa manía de "volveries" cada día, desfigurados, montados al revés, interpenetrados, minimizados, si no es que eliminados. Un anfitrión atento y fastuoso a quien su cocinero dejara sistemáticamente en la incertidumbre de lo que sus invitados a cenar van a tener o no en sus platos no estaría en una situación más incómoda. O un obispo que en su diócesis no tuviera ninguna seguridad sobre

el tipo de trisas al que asisten los fieles. El Rey ya no es emperador en su reino. Es un proveedor de relatos entre otros, un candidato más en el mercado de las noticias. Los arífices del acontecimiento abren en la reunión de redacción los sobres de propuestas y deciden cuál es la mejor, según sus propios criterios. Pero el acontecimiento son ellos.

Lo político humillado por la técnica

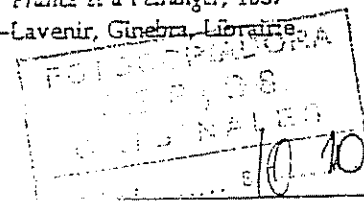
La información fue en todas las épocas un medio de gobierno (y de enriquecimiento). Todo gobernante está obligado a ser el primer informado, para estar en condiciones de que la información repercuta, o no, sobre el gobernado. Esta necesidad implica el monopolio de la transmisión a distancia de las señales, que fue un hecho constante común a todas las épocas de la grafosfera. El Antiguo Régimen tenía la exclusividad de los correos (a reserva de arrendar las mensajerías de la realeza) y el Rey tenía sus propios mensajeros. El monopolio postal en todos los Estados europeos, forma parte de los derechos del rey. Hasta la Revolución de Julio, el telégrafo aéreo de los hermanos Chappe, dependiente del ministerio de Guerra, ni siquiera podía ser puesto a disposición del público. La ley de 1837 ("quienquiera que transmita, sin autorización, señales de un lugar a otro, sea con la ayuda de máquinas telegráficas o por cualquier otro medio, será castigado con prisión de un mes a un año...") estructuró el derecho francés de las telecomunicaciones durante 150 años. El monopolio público se transmitió por filiación de los correos al telégrafo aéreo, luego al telégrafo eléctrico (1851), más tarde al teléfono (recompra y explotación de las redes privadas en 1889). Estos medios fueron reagrupados ba-

* Revolución que en julio de 1830 derroca a Carlos X e instala en el trono a Luis Felipe de Orléans, último rey de Francia (n. del t.).

jo un ministerio común en 1878 (los PTT), convergencia que contribuye a precisar, en el mismo periodo, la noción de servicio público. Los problemas planteados por la transmisión mediante ondas herizianas de los mensajes sonoros, o TSF, que se inicia con la guerra del '14, fueron regimentados en 1923 por la aplicación del modelo 1837 (autorización de explotación para los particulares, escucha, e incluso interferencia, de los radioaficionados clandestinos). También en este dominio, a pesar o a causa de los primeros despistes, y con la ayuda de la guerra del '39, los colbertistas prevalecieron sobre los liberales. La televisión se incorporó luego con toda naturalidad al molde del "modelo Chappe" (estatutos de 1959 y 1964 que definen a la radiotelevisión francesa como "servicio público nacional"). La historia de las transmisiones a lo largo de dos siglos, apéndice francés al libro universal titulado "De la impotencia del orden jurídico frente a la invención técnica", cuenta las grandes metamorfosis de nuestro Estado: Estado-gendarme, Estado-Providencia, Estado-socio.¹³

La internacionalización económica y técnica de las redes de comunicación, que abate las fronteras, suprime las distancias y da vuelta las legislaciones; el encarecimiento de los costos de explotación, unido al empobrecimiento del Estado; el valor económico en aumento de la información y su poder de atracción creciente sobre las potencias del mercado; la sospecha que pesa, con justa razón, sobre los efectos políticos de la tutela pública, fuente de abusos y censura; la presión de los ejemplos extranjeros y la apelación a los derechos e intereses de los usuarios: todos estos factores y otros invirtieron poco a poco la relación de fuerzas entre colbertistas y liberales y alinearon el caso francés junto a los modelos

18: Véase Pierre Musso, "Les débats autour du vote de la Loi de 1923", en *L'État et les Télécommunications en France et à l'étranger, 1837-1987*, bajo la dirección de Catherine Bertho-Lavenir, Geneva, Librairie Droz, 1991.



anglosajones de la iniciativa privada. Y esto, hasta la desnacionalización de las redes y la desregulación en curso. Para la radiotelevisión, la reforma de 1974 marcó el punto de inflexión del derecho y las menestras. Rechazando la idea de un *holding* de Estado federativo (propuesta por el presidente-director general de la Oficina, M. Marceau Long), la mayoría liberal de entonces puso fin al "monolitismo del establecimiento público": estallido de la ORTF (Oficina de la Radio-Televisión Francesa) e introducción de mecanismos de competencia entre las sociedades. Lo que sigue es conocido: se proponen el fin del monopolio y la privatización de los canales como "liberación" (para quién, no se dijo).

Intentemos una nueva puesta en perspectiva mediológica, y no polémica o política, de estas peripecias.

Históricamente, en Occidente, la secularización de la autoridad política pasó por la conquista de la autonomía mitológica. No hay poder temporal independiente del poder espiritual sin la capacidad de fabricar sus propios sortilegios y proponer, si no imponer, su "versión de los hechos". La reciente separación de la Iglesia y el Estado puede interpretarse como la cumbre de un milenario "a cada uno su propia leyenda". Habría podido traducirse por este discurso, del lado del Estado laico: "Para ustedes las iglesias, para mí las escuelas. Conserven a las mujeres, yo me ocupo de los niños. Digan los sermones, yo preparo la clase. ¿Los adultos, para comenzar, leen los diarios? Es un riesgo (en 1914 cincuenta diarios en París, con una tirada de seis millones de ejemplares), lo admito. Pero de aquí en más soy lo bastante fuerte para correrlo, y no me faltan medios, créanme, para encuadrar como es preciso la libertad de prensa (ley del 29 de julio de 1881). Me despidió de ustedes".

Desposeer a una "institución imaginaria" de las industrias de lo imaginario hace más que ofender su orgullo. La privatización del hacer saber y del hacer creer equivale a una proletarianización del poder público. Proletarianizado se decía del artesano del siglo XIX

separado de sus medios de producción, a los que veía volverse contra él como un enemigo íntimo. La introducción de los mecanismos del mercado en el sector de la comunicación, iniciada en 1974, no carecerá de consecuencias sobre el estado de salud física y mental de los comunicadores oficiales. Basta de audiencia cautiva y de santuario de emisores. He aquí el Estado del estrés, las úlceras y las depresiones. En un mundo en el que lo que no pasa por la tele no existe, un gobierno sin imagen tiene toda la razón en inquietarse. ¿Acaso los deportes que han desaparecido de las pantallas no desaparecen también de los estadios y los gimnasios (la lucha, las pesas, el lanzamiento de jabalina, etcétera)? Si no hay reflejo, no hay cuerpo. Pero en un mundo en donde el logo cuenta más que el producto y el sosias que el modelo, el polichinela del "Bébête show" desnuda al rey delante de sus súbditos. En la medición de audiencia de cada día y la revista de prensa del día siguiente, el ministro, como el Presidente, lee su informe cotidiano de salud y acecha la esqueja de defunción en el horizonte. Transmitir la rectificación o el desmentido, efectuar a tiempo la corrección de imagen: esta guerrilla de vanidades ya no es la comedia del poder sino su tragedia.

Ya fue ofensiva la nivelación de los tiempos de la información por la telepresencia nacida del satélite. En lo sucesivo, los gobiernos ya no son los primeros informados, los ministros descubren la mayor parte de las veces el acontecimiento ante su pantalla en el mismo momento que el ciudadano común. Hiriente había sido anteriormente la democratización de la imagen, en primer lugar por la película, luego por el vídeo —rasguño social para las clases esnobes, desolladura para las autoridades legalmente constituidas—. Estas últimas se habían beneficiado durante mucho tiempo de un monopolio figurativo de hecho, materializado desde la Antigüe-

* Programa de televisión en que se satiriza a los personajes públicos representándolos con figuras de animales (n. del t.).

dad por las monedas y las estatuas, primeros soportes de propaganda política (las guerras civiles romanas eran también batallas de imágenes, por interpuestas monedas y efigies). En el período moderno, desde el tiempo en que el retrato era pictórico, el derecho a la imagen individual estaba reservado a la nobleza y la alta burguesía (un cuadro cuesta caro). Desde mediados del siglo XIX, mediante la fotografía, "arte medio", se extendió lentamente a las capas medias; sin descuidar los laterales, en la multitud: históricas por Charcot, mensajeros a pie por Marey, criminales por Lombroso, detenidos por Bertillon y la foto judicial, estudiantes secundarios por la foto de la clase, veraneantes por la Kodak de bolsillo y finalmente Juan de los Palotes por la foto automática. La ancestral elevación por la imagen pintada, dadora de prestigio, fue sucedida así por el "nivelamiento" mediante la película, restableciendo el estudio Harcourt a su manera la distinción perdida. Por último, el paso por la tele vino a reemplazar a la foto enmarcada sobre la pared de la sala como demarcación jerárquica decisiva. Fue justo en ese momento cuando el poder público, arrollado por el galope industrial y el auge de las técnicas, debió renunciar a sus prerrogativas ancestrales y deponer sus últimas armas, los soportes, a los pies de un granuja apodado Audimat,* sicario del poder económico.

La disociación de los poderes "político" y "mediático" no es una herida narcisista más. Nos parece elemental, saludable, inherente a toda democracia digna de este nombre (libertad de prensa, separación de poderes, pluralismo, independencia de las redacciones). Sea. Pero en el largo plazo social, la disolución del revés (simbólico) y el derecho (estatal) aparece más bien como la solución de una continuidad semimilenaria. La desimbolización del poder laico nos remite a esa era feudal en que el deterioro de las casas principescas dejaba a la Iglesia el monopolio de la produc-

* Sistema de medición de audiencia (n. del t.).

ción simbólica. La lógica de los lugares, al menos, es la misma. La investidura divina del señor le venía de afuera y de lo alto, como la investidura mediática del líder actual. El soberano feudal, que se impuso por la fuerza de las armas a sus rivales, recibe sus insignias de soberanía de los ministros de Dios, así como hoy el candidato a la magistratura suprema, que se impuso mediante maniobras a sus competidores de partido, espera su investidura de los arzobispos del "se" (el mediólogo se resiste a todo salvo al demorio de la analogía).

